

EL AMAZONAS: DE ORELLANA A LA SELVA POSTRADA

Quién recorra hoy la fisonomía agreste de nuestro continente, esa de los páramos inconclusos o la de las selvas enclavadas en su hondura de sobrecogimiento latente, asocia este paisaje escrutado de la distancia, con la acción tangencial de los conquistadores del siglo XVI. América no fue tan sólo aquella "añagaza" despectiva enunciada por Cervantes, como el simple receptáculo de aventureros y mujeres libres. Fue una dimensión casi extranatural de la posibilidad de búsqueda del hombre, donde el rey y la cruz, conformaron un escaupil de protección a la conciencia, un otro yo revalidador para dominar lo desconocido. El conquistador pudo ser un zafio cubierto de apetencias de grandeza material, pero la fantasía, que rebulle en el rompimiento de la paz solariega, posibilitó el rompimiento de ese "non plus ultra" que le indicaba la escueta razón humana. Siempre "más allá", parece haber sido el lema de los barbados de ultramar y que para los pueblos sometidos al vigor de los aztecas, vinieron a representar la reencarnación de la divinizada serpiente emplumada de Quetzalcoatl. No les bastó conquistar los casi míticos imperios de los incas y aztecas; el rompimiento de la realidad a través de la fábula, dio forma a la posesión de mundos irreales. La poesía se plegaba a la ballesta y al fagonazo del arcabuz: las Ciudades de los Césares, la Fuente de la Eterna Juventud en Florida o la Leyenda de El Dorado, constituyeron nuevos acicates para "engrandecer la corona de Castilla".

En busca de El Dorado

A fines de febrero de 1541, los asombrados vecinos de Quito vieron salir rumbo al oriente, el ejército mejor apertrechado que hubiera presenciado jamás el norte del Perú. Lo dirigía el joven Gonzalo Pizarro, diestro y apuesto jinete, hermano del Marqués que ya había inscrito su nombre en la Historia tras el aplastamiento del Incanato. Su objetivo primario era explotar el canelo, del cual se hallaba cubierta la inexplorada provincia de La Canela, ubicada al este de Quito, y al mismo tiempo, los bosques pegados al pie de la cordillera.

Sin embargo, era el objetivo final el que cubría de un hálito fantasmagórico esa puesta en marcha. La tranquilidad de los castellanos quiteños, sujetos a la dispensa de sus encomiendas o mercedes de tierras, se vio de pronto alterada por ese lucimiento de adargas y yelmos empenachados. Devotos y prontuariados,

por el prof. ARIEL PERALTA

De la Universidad de Chile, Chillán



Mapa fechado en 1596, en el que se halla el río Orellana, el río de las Amazonas y la Isla de Cubagua, lo cual no aparece en ningún mapa contemporáneo de escala ordinaria.

disciplinados y juerguistas, soldados de incontables batallas o jóvenes nacidos ya en estas orillas del mundo, plegáronse con la fe alienante de los que barajan entre sus manos la posible y definitiva utopía redentora. Cerca de trescientos españoles, siendo la mitad de ellos jinetes; 2000 perros adiestrados, 4000 indios e indias como cargadores y vigilantes del ganado, que entre llamas y cerdos sumaban alrededor de los seis mil, partían con el joven Gonzalo a la búsqueda y posesión de El Dorado. ¿Qué región era ésta que con tanta facilidad incentivaba hasta el paroxismo? Nada menos que la acechanza diaria que todo español recibiera desde la llegada al Perú. Leyenda fraguada en la inteligencia de los incas, tratando de desviar, al descubrir la avidez del metal en los conquistadores, de sus territorios no sólo hollados sino que también sometidos. Desde 1535 había sido develado su secreto, después que un grupo de españoles conocieran de boca de un mensajero chibcha que se dirigía desde Nueva Granada hacia el inca Atahualpa, la existencia de un rey que cubría su cuerpo con

aceites aromáticos para luego derramar sobre él polvos de oro, los que constituían su vestidura normal. Así cubierto, descendía cotidianamente a orillas de un lago cercano a su ciudad fortaleza, para ya en la noche ser cepillado por sus sirvientes que despejaban su cuerpo del polvillo. El oro caído permanecía en el piso de su residencia, cual alfombra de bagatelas...

Leyenda que no podía ser tal para esos hombres que habían contemplado a raudales la orfebrería de los "colombinos", mas, nadie, ni con la peor de las torturas osó en señalar el sitio exacto de ese reino, porque el mito nutría la cohesión de una raza ya dispersa.

Sin embargo, se decía que la provincia de La Canela, tenía un clima notablemente caluroso, y al pensar que estaba en un sesgo de la cordillera, era posible argüir, que más allá, en los llanos abiertos, el calor fuera más intenso, región que justificaba entonces el baño diario de un rey... Mínimo pie forzado, suficiente para sublimar el ímpetu de un castellano.

El tuerto de Guayaquil

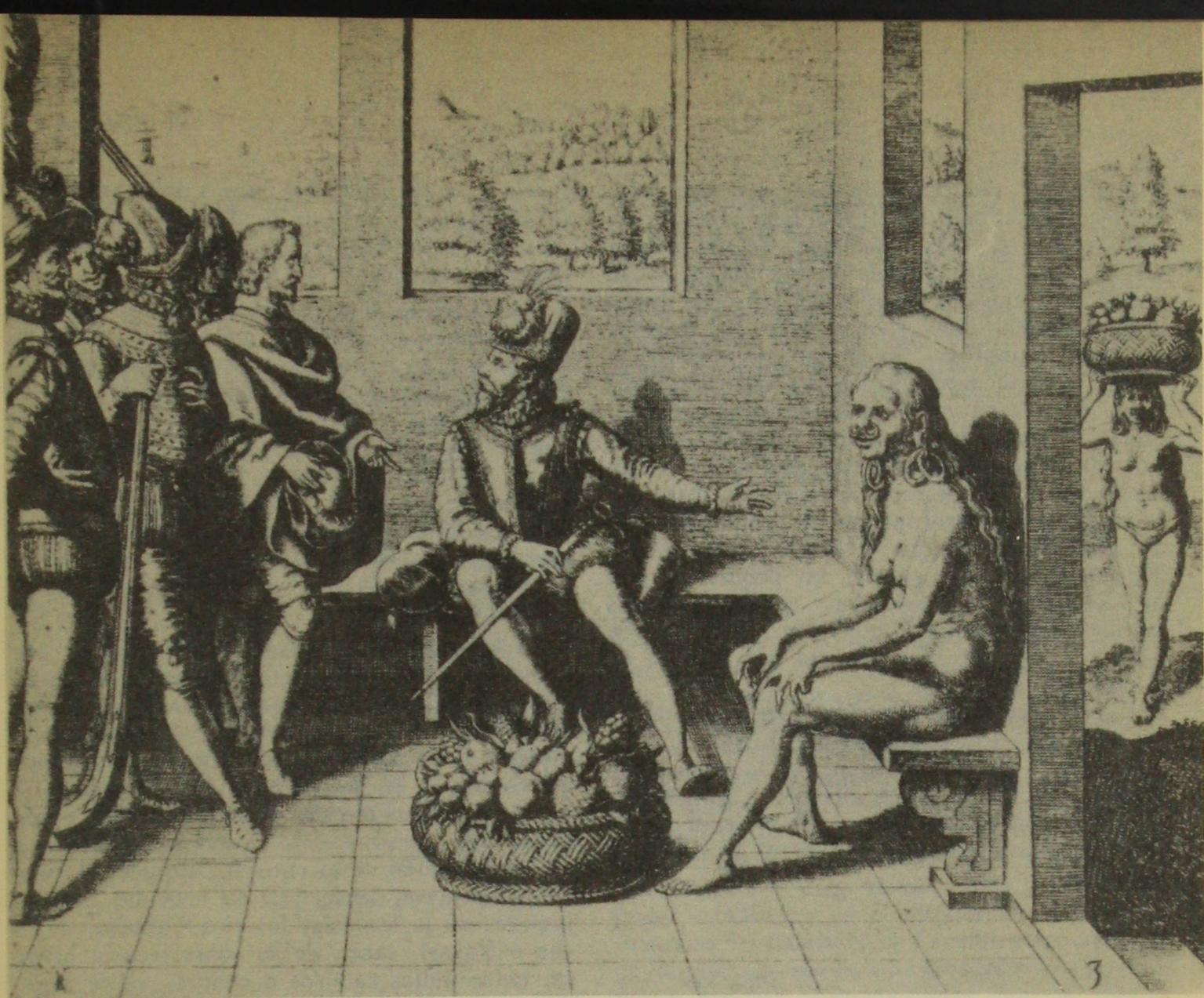
El Teniente Gobernador de Guayaquil era don Francisco de Orellana, "tuerto caballero" oriundo de Trujillo, primo y seguidor de los Pizarro, compañero de aventuras de sus ilustres parientes, combatiente en Las Salinas en contra de Almagro, inteligente y certero capitán en el don de mando, conocedor instintivo de la astucia indígena, suave o tremolante en el trato según las circunstancias, y caso notable, poseedor del "don de lenguas", atributo que muy pocos conquistadores podían esgrimir. Con unas pocas raíces fonéticas podía construir con rapidez el andamiaje limitado de los dialectos aborígenes. Gonzalo Pizarro sabía de sus atributos, y pensó en él como lugarteniente insustituible en la nueva empresa.

Desde la partida comenzaron las complicaciones; Pizarro no esperó la llegada desde Guaya-

quil del capitán que guarecía en sus alforjas un trozo inédito de la gloria histórica que aún le esquivaba su presencia. Desafío mísero para Orellana y su esmirriada columna, que entendió de inmediato que un ejército de las proporciones del de Pizarro, encontraría demasiadas dificultades en el continuo enmarañamiento selvático. No tardó en encontrarlo, para comprobar en el terreno que aquel grupo numeroso y pleno de bizarría, iba transformándose en hueste fantasmagórica, por el clima asediante y la hostilidad continua de las tribus. Los indígenas de carga desertaban en las noches, y los caballos sucumbían bajo la lanceta implacable de las cerbatanas. Cuando la digestión debió ser estimulada con el consumo de los perros, llegó el momento de la decisión implacable. Regresar, sin el albur de El Dorado, o enviar una expedición río abajo, por el curso del río Canelos, en búsqueda de

Lucha entre españoles e indígenas, según grabado del siglo XVII.





Españoles con una mujer india en Cumana.

provisiones. ¿A quién enviar sino al lugarteniente general, al conocedor idiomático y certero espadachín, don Francisco de Orellana? Las órdenes perentorias establecían el regreso hacia el grueso de las fuerzas en un plazo de doce días. Orellana no iba a regresar jamás al punto convenido con Pizarro, y aquella aparente traición le hizo entrar en la Historia. “Una de las mayores cosas que han acaecido a hombres”.

Así se refiere Gonzalo Fernández de Oviedo en su “Historia General y Natural de las Indias” al viaje de Orellana. Sesenta hombres le acompañaron, incluidos dos esclavos negros, en ese viaje de descubrimiento o mejor dicho de tránsito por aquel increíble río Marañón del cual sólo se conocía su desembocadura. Según el libro de José Toribio Medina, “Descubrimiento del Río Amazonas”, su denominación como río Marañón databa desde 1513 por obra del piloto Juan Rodríguez, quien había recorrido su estuario.

Como buen hidalgo, Orellana, al comprender la inutilidad de regresar al lado de Pizarro, pues la distancia que los separaba hacía ya imposible todo contacto con el riesgo de exterminio de sus propias fuerzas, protocolizó documentalmente su desvinculación del superior. El inmenso río al cual habían llegado, le daba la oportunidad de incorporar nuevas tierras a la corona y la certeza de ser el gobernador de ellas. Uno de los sacerdotes, el padre Carvajal, daría la confirmación espiritual de la aventura.

Lo que vendría fue la confirmación de aquellas virtudes cidianas de los españoles, donde la obcecación y el orgullo se unían a la fiereza combativa y al casi deleite de la crueldad cuando la persuasión era imposible de contener el independentismo de las tribus que no aceptaban la intromisión de extraños en sus tierras. Centenares de combates, el hambre y la muerte de trece de sus hombres, la construcción de dos bergantines, el “Victoria” y el “San

Pedro", no pudieron detener esa desapacible marcha de más de 7000 kilómetros por las aguas cada vez más caudalosas del Marañón. Desde el 12 de febrero de 1542 hasta el 26 de agosto del mismo año, miles de aborígenes fueron presenciando ese deslizarse de aquellos extraños hombres, "hijos del sol, sobrenaturales y benévolos", como les indicara Orellana en sus primeros diálogos de pacifismo. Desde el reino del tranquilo Aparia, hasta el batallar incesante de Machíparo o las mujeres guerreras de la reina Coñorí. En éstas últimas creyeron encontrar la personificación de aquellas que según la fábula habitaban el Termodonte en Capadocia; un pequeño grupo de combatientes amerindias le bastó a los eternos sublimadores, estar en presencia de Antíope o a Pentésilea, muerta por Aquiles en el sitio de Troya...

El tuerto oriundo de Trujillo, y de quien jamás se hizo un retrato, podía dormir tranquilo en la isla de la Perla (Cubagua), en la costa venezolana, un 9 de septiembre de 1542. Había cumplido con el Rey y con la fe increíble de un designio que estaba más allá de su presencia en la tierra.

El Amazonas, hoy

El espíritu fantaseador de los conquistadores quedó como plegado a la dimensión amazónica; la turbulencia vegetal y la conciencia de un virginismo ecológico constituyen el incentivo del exotismo que conduce a los viajeros de hoy. Ir al Amazonas es como restituir el mito aventurero, donde se cruzan como en una miscelánea verdeante los bergantines de Orellana y las catequizaciones, frustradas en el canibalismo, de algunos misioneros actuales. La corporización de tarjeta postal hace el resto, con el deslizarse susurrante de los ríos y la exuberancia vegetativa, en frondosidad no arrebatada por el hombre.

Quien vaya a la búsqueda del Amazonas desde un tributario importante como el Ucayali, el horizonte vegetal se le ha ido incorporando en lenta transición. Llegar al puerto peruano de Pucallpa, en las márgenes del Ucayali, después de dos días de viaje terrestre desde Lima, ha significado salir desde la costa desértica, llegar a la puna de riqueza minera y labrantíos aéreos, bajar lentamente mientras

el frío huye de a pausas, pasar por la Selva Alta (o Montaña) y arribar finalmente a los interminables meandros de la cuenca, tanto en sus afluentes como en el "Padre Río".

Buscar Iquitos, allá en un recodo de la selva, suficientemente adobado del cebo turístico, supone viajar cinco días por la monótona corriente de un río en constante crecida por las copiosas lluvias de sus »cabezales«, estación que se alarga más o menos desde diciembre a mayo o junio... Barcos pequeños, transportadores de harina y aceite fundamentalmente, más un abigarrado conjunto de individuos de cantarino hablar, lejanísimos en su modular al lento silabeo del limeño, bajan al compás de la creciente.

El hombre de la selva, excitado por la naturaleza, sorprende en su conversación fantaseadora y romántica. Son los »tronqueros«, esos individuos que gran parte del año se sumergen en el monte para extraer la innumerable caoba; si en los aborígenes más primitivos aún se mantiene el culto de la luna, en los civilizados que presumen de pioneros industriales, esa imaginación de lo natural, adquiere el vigor de la empresa convertida en leyenda. Son los juglares de la fantasía; los ríos Tamaya, Tapiche o Yavarí, saben de su sobrevivencia heroica, entre indios cabucos o campas, fieles seguidores en el trabajo "millonario", arrojado después en los burdeles de pueblos orilleros y fronterizos del Brasil. Todos han luchado con boas, abatido onzas y caimanes; ellos son lo increíble en un panorama que no admite concesiones.

El succionar de los zancudos sólo viene a palparse en la detención nocturna de la embarcación, siempre precavida de las honduras y de los troncos inesperados que lleva la corriente. Amarrar en las cercanías de una aldea, ubicada muchas veces al azar (¿cuántas se llaman Orellana?), con sus rústicas viviendas hechas con materiales de la región, paredes y pisos de ponas, techos de palmas, es como acercarse al secreto de un abandono flagrante. Intuido por los míseros habitantes la llegada, decenas de luces caminan en la obscuridad, alertas en el espionaje de las víboras, para arremolinarse en la simple contemplación de rostros que traen un viso de comunicación. Su agricultura es la del tipo semierrante, por el agotamiento de los suelos, sometidos a crecientes y variantes de implacabilidad cronológica. Así, las aldeas emigran, y el rozamiento abre los claros bosco-

sos para la instalación de nuevas parcelas. Anemia y parasitosis van en sus cuerpos desnudos, ahitos de yuca y plátanos.

Aquellos más prósperos, buscarán mercados seguros en ciudades como Iquitos e incluso Leticia, bajando en sus "batelones", especie de lanchas entotoradas; los más, surcarán en ritmo casi cadencioso, en piraguas hechas de troncos ahuecados, iguales a las que con asombro admiraran los compañeros de Orellana...

Los Chipibos, primeros aborígenes que muestran su rostro de inconfundible expresión asiática en la Amazonía, reman al atardecer, buscando la gamitana. En sus aldeas, las mujeres confeccionan en máquinas de coser sus vistosas faldas, escuchando en tocadiscos algún cantante de moda, mientras los hombres fabrican extrañas pipas, collares de semillas o lanzas, para los turistas. Ellos visten como el hombre de la ciudad, en contraposición a las mujeres, pertinaces en la mantención de sus atuendos. La transculturación opera a plenitud...

Los que adoran a la luna

Más al interior, otros indios, hermanos lejanos de Machíparo o el rey Ica, estáticos en el tiempo, continúan adorando a la luna, practicando el canibalismo, temiendo al fabuloso "chullachaki", espíritu morador de la jungla. Los mayoronas, un año atrás, tuvieron el primer contacto con los blancos, después de una expedición de dos norteamericanas, miembros del Instituto Lingüístico de Yarinacocha (en las cercanías de Pucallpa), institución que dispone de todos los elementos, y de la autorización de los países amazónicos, para realizar sus actividades. Sus aviones sobrevolaron el área de los mayos arrojando regalos, comida, machetes, ollas, telas de paracaídas, y un día, un micrófono dentro de una canasta con una conexión para que una de las expedicionarias pudiera decir desde el aparato: "No tengan miedo, solo queremos hablar con ustedes".

Los mayoronas, al decir de sus "domesticadoras", caminan desnudos, y su traje consiste en unas cintas vegetales que colocan a la altura del pecho, en la cintura y en el vientre. Después de cada baño se cambian de cinta; las mujeres usan faldellines de chambira, sólo por delante. A unos y otros les agrada tatuarse tanto la

cara como el cuerpo. Para ellos la Luna es como la madre universal, creadora de los hombres. Según los lingüistas norteamericanos, los mayoronas han dado el primer paso para ingresar a la civilización, dejando atrás entonces el canibalismo, la poligamia, el filicidio organizado. El salto de lo natural a lo artificioso, sobrelleva el temor rousseauiano de peores contingencias...

Las ciudades dormidas

Iquitos, Manaus o Leticia, las dos primeras con ilustres abolengo cauchero a principios de siglo, muestran la calidad de ciudades artificiales, con habitantes que dependen más de la burocracia estatal que de la inmensa riqueza que les rodea. Ciudades sin industrias, con la selva mordiendo sus márgenes y carcomiendo sus entrañas. Son lentejuelas falsas, que ya ni siquiera pueden vivir del pasado cauchero; los capataces y "siringueiros" brasileños, que inscribieron su nombre con la fusta del poder atrabiliario en el interior de la selva, levantaron los palacetes de la opulencia, cubiertos de mosaicos moriscos, transformados hoy en patinosas vestales resquebrajadas por la hierba, enmohecidas por el inagotable caudal de la lluvia. En Iquitos, detrás de los barrotes de alguna de esas mansiones, asoman rostros de soldados, celadores de una soberanía nunca turbia, impenitentes cultores del patriotismo de la bandera, izada y arriada, todos los días, en la plaza principal del pueblo.

Cada cuatro o cinco meses, remonta las aguas del Amazonas algún gran barco inglés o norteamericano; es el rompimiento de la gran siesta vegetal, el cobertor de alguna insuficiencia de mercaderías para alguna compañía importadora. Pero el comercio dominante es el del "habitat" de los fétidos palafitos donde la mayoría guarece su miseria. Las embarcaciones repletas de bananos, pieles de tigrillo, de yuca o gamitanas secas, constituyen la oferta diaria de la sobrevivencia.

El Amazonas de hoy, no podría ser recorrido por los hombres del "Victoria"; el hechizo de la hipotética reina Coñorí, desapareció con la miseria de una selva postrada, donde pese a todo, la riqueza continúa esperando su incorporación racional a una sociedad más justa y desalienada de tutelajes opresores.